

JULIO PARRILLA DÍAZ



Nació en Ourense el 25 de marzo de 1946 y recibió la Ordenación Sacerdotal en Salamanca el 30 de marzo de 1975.

Es Licenciado en Filosofía Pura por la Pontificia Universidad Salesiana de Roma en 1970; licenciado en Filosofía y Letras, por la Universidad Civil de Valencia en 1974 y licenciado en Teología, especialidad en Catequética, por la Universidad Pontificia de Salamanca en 1977.

Desde 1971 es miembro de ADSIS, Asociación privada de fieles, de Derecho Pontificio y carácter internacional.

Entre otros cargos ha sido Secretario General del Movimiento ADSIS de 1975-1979; Coadjutor en la parroquia de Fátima (Salamanca) de 1979-1988; Párroco de la Parroquia Santa Marta de Tormes (Salamanca) de 1985-1991.

En 1991 llega a Ecuador (Portoviejo) como párroco de "San Ignacio de Loyola" hasta 1993 y de 1998 a 2008 Párroco de la Parroquia "La Inmaculada de Iñaquito" (Quito).

Desde 1992 a 1999 ha tenido varios cargos dentro del Movimiento ADSIS (Secretario General, Consejero General del Movimiento y Responsable de las áreas de celibato, matrimonio y familia).

El 18 de abril de 2008, el Papa Benedicto XVI lo nombró Obispo para la Diócesis de Loja (Ecuador) y en enero de 2013 lo nombra Obispo de la Diócesis de Riobamba, cargo que ostenta en la actualidad.

Ha escrito el libro "Reflexiones junto al Pozo de Sicar" un lugar de escucha y encuentro.

"EN MEDIO DEL CAMBIO, LA MISMA ESPERANZA"

Cuando llegué a Riobamba (Ecuador), después de pasar cinco años en Loja, en la frontera con el Perú, comprendí que llegaba a una realidad nueva y diferente, marcada por el cambio cultural y la transformación social. Hacía cincuenta años, Monseñor Leónidas Proaño había liderado un verdadero movimiento de emancipación del mundo indígena, sometido al régimen de hacienda, empobrecido y discriminado. El indígena nacía, vivía y moría atado a una tierra que no era suya, pobre por los cuatro costados.

Taita Proaño, a la luz del Concilio Vaticano II, vivió una metamorfosis singular, un proceso radical de vuelta al evangelio y, con la Palabra siempre por delante, promovió una Iglesia cercana a los pobres, organizada y testimonial desde la cosmovisión indígena. Decía que había que caminar con los dos pies: la organización y la comunidad.

Las inspiraciones de Proaño, alimentadas en lo más hondo del evangelio, siguen vigentes: su amor a los pobres, a los indios y campesinos, el valor de la comunidad, de la participación y de la corresponsabilidad, la necesidad de dar palabra y protagonismo al pueblo, la promoción de la identidad y de las tradiciones indígenas, ... eran instancias que iluminaban el diario vivir. Pero, de entonces acá, muchas cosas han cambiado. Me refiero, especialmente, a la realidad social, política, económica, cultural y eclesial de un pueblo que, embarcado en el fenómeno de la modernidad, no siempre sabe a dónde va ni qué precio tiene que pagar...

¿Qué ha ocurrido en estos últimos veinticinco años?

En primer lugar, un profundo desarraigo migratorio. Miles de campesinos, mestizos e indígenas, han emigrado del campo a la ciudad y al exterior. Este fenómeno, sostenido en el tiempo, ha vaciado muchas de nuestras comunidades y pueblos, ha puesto punto final a muchas de las tradiciones, formas de organización y manifestaciones culturales, incluida la lengua, que hoy intentan



conservarse y recuperarse desde una perspectiva de resistencia o simplemente folclórica. En la ciudad de Riobamba (una ciudad blanca y mestiza hace apenas cincuenta años), viven más de 30.000 indígenas, muchos de los cuales, especialmente los jóvenes, tienden a integrarse en un mundo ajeno a su tradición, capaz de fagocitar las expresiones más genuinas y bellas de la cultura tradicional.

En segundo lugar, la globalización cultural arrasa poco a poco con un mundo de imaginarios autóctonos, imponiendo, por la fuerza del consumo y de la tecnología, un mundo diferente y, por tanto, una diferente mentalidad. También para la Iglesia este distanciamiento cultural supone un enorme desafío. Algunos dicen que esta batalla está perdida, pero toca estar ahí, vigilantes y propositivos, atentos a mantener la cultura y la identidad indígena como un tesoro.

En tercer lugar, están los procesos políticos vividos en los últimos años. También la política, en aras del desarrollismo, acrítica con las expresiones del nuevo capitalismo, capaz de acumular riqueza como en los viejos tiempos, ha comprado conciencias y lealtades y, consecuentemente, dividido al movimiento indígena y a la sociedad ecuatoriana.

En el 2007, la Constitución vigente incluía los derechos de la naturaleza y proclamaba con fuerza los derechos de los pueblos indígenas y el valor del Estado pluricultural. El tiempo se encargó de mostrar que la Constitución era una cosa y la realidad otra muy diferente. Poco a poco vino la decepción. El proyecto modernizador del Gobierno ha estado liderado por personas, puede que de buena voluntad, pero incapaces de entender el mundo indígena y sus aspiraciones como pueblo.

De hecho, la política y el consumo, han hecho que un buen número de indígenas y de ciudadanos entren en el sistema... Triste es decirlo, pero, para muchos, el "buen vivir" es sinónimo de "estar bien", de capacidad adquisitiva, ... También hoy existe una "burguesía indígena" que ha hecho de la plata y de la promoción personal su vida y su norte.

Es fácil mirar hacia la colonia y hacia el capitalismo mercantil del pasado siglo, pero lo cierto es que también hoy la identidad y los derechos históricos de los pueblos indios están fuertemente amenazados (decisivamente amenazados) por este neocapitalismo globalizado que arrasa con todo.

Para cuantos soñamos y trabajamos por un mundo renovado, ecológico, democrático, incluyente, humano y cristiano, esta es una hora de resistencia, de conciencia ética, de trabajo esforzado a favor del desarrollo humano y humanizador de personas y de pueblos. Y, muy especialmente, a favor de la tierra (la Pacha Mama) sin la cual cualquier desarrollo resulta letal. En este horizonte ecológico, el Encuentro de la Red Eclesial Panamazónica Latinoamericana en Bogotá, el próximo mes de noviembre, supone un fuerte desafío de integración y de promoción de valores, inquietudes y acciones que no nos dejan vivir al margen de la historia.

En este contexto vivo y trabajo. No es el único, hay otros contextos y perspectivas, pero el fenómeno del cambio ubica mi vida y mi ministerio en un horizonte excepcional y, al menos por mis años, irrepetible. Doy gracias a Dios por poder vivir en esta época y en esta tierra que hoy es la mía, la que sostiene mis pasos y vela (y a veces desvela) mis sueños.

